

tirse preso en la residencia presidencial, y, llevado por su instinto de pájaro, se asomaría por las ventanas, midiendo la distancia que le separaba del suelo. Acaso amenizaría las fatigas del amable general Victoria con sus locuras teológicas. Y de cuando en cuando, al acordarse de sus pasadas luchas, que eran la imagen de la patria, temblarían en sus mejillas dos hilos de lágrimas.

En la Historia de nuestras letras es tan señalado como en nuestra historia política. Su tierra natal no ha producido hombre más notable. En los buenos tiempos del doctor González, el Estado de Nuevo León conservaba todavía la imprenta de fray Servando.

(1) V. algunos párrafos en F. Pimentel, *Obras Completas*, V., México, 1904; 467 y sigs.

(2) *México a través de los siglos*, IV, 170 b.

(3) Sobre los orígenes de esta tradición consúltese J. García Icazbalceta: *Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, de México... al Ilmo. Sr. Arzobispo D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos*, 1883; publicada en México, 1896.

Tomado de Suplemento de Siempre!. No. 94, México, 4 de Dic. de 1963, p. VI y VII.

LA FAMILIA MIER

Por José Eleuterio González

No fueron en lo antiguo los títulos de nobleza más que instrumentos de que se valieron gobiernos hábiles y buenos concededores del corazón humano para explotar la vanidad y soberbia de los hombres, haciendo que estas pasiones ruines llegaran a producir heroicas acciones en bien de la patria y de la humanidad. Hoy la razón filosófica condena justamente las quiméricas distinciones de la alcurnia, de la misma manera que condena la vanidad y soberbia de los hombres; pero como éstos no han dejado por eso de ser tan vanidosos y soberbios como sus mayores, aprecian tanto como apreciaban ellos la distinción y nobleza de su origen, aunque estén bien persuadidos de lo insustancial

e infundado que en sí mismas son estas cosas. Además, los viejos pergaminos también pertenecen a la historia, y las opiniones de los hombres, por fútiles y vanas que sean, cuando han influido algo en sus hechos, deben hallar un lugar preferente en la narración que de ellos se haga. Atendidas estas cosas no parecerá extraño que yo comience por dar una ligera idea de la ilustre familia de que descendió el héroe de nuestra historia.

En un lugar llamado Buelna, perteneciente al principado de Asturias, hay una antigua casa solariega, de la que se glorían descender los Duques de Granada y los Marqueses de Altamira; y la cual dio algunas abadesas al convento de las Huelgas, honor que sólo se dispensaba a mujeres que tuvieran parentesco de consanguinidad con los reyes. De esta ilustre casa vinieron a México, en diferentes tiempos, algunos hombres de mérito, como el oidor D. Cosme de Mier y Trespalacios y el famoso inquisidor D. Juan de Mier. También a Monterrey vinieron en 1710 dos personajes de

esta distinguida familia: el uno fue D. Francisco de Mier y Torre, Gobernador y Capitán General del Nuevo Reyno de León, y el otro fue D. Francisco de Mier Noriega, escribano público y de cabildo en Monterrey, cuya plaza compró en México en público remate antes de venir, y que también sirvió de secretario al primero. El Gobernador, concluido su gobierno, se volvió a México en 1714 y el escribano se radicó en Monterrey casándose con Da. Margarita Buentello, descendiente de Juan Buentello Guerrero, uno de los primeros conquistadores de esta tierra y alguacil Mayor antes de la venida de Zavala. De este matrimonio nacieron dos hijos, que fueron Da. Antonia Margarita y D. Joaquín. A poco tiempo después murió D. Francisco de Mier Noriega. Da. Antonia Margarita casó con el Capitán D. Santiago Fernández de Tijerina, de quien descende la familia que lleva este último apellido. La viuda Da. Margarita Buentello, a pesar de que frente a frente de su casa tenían entonces un colegio los Jesuitas, mandó a estudiar a México a su hijo D. Joaquín.

Vino éste de los estudios en 1744, según consta de una escritura que tengo a la vista, y desde entonces hasta el año de 1790 en que murió, se encuentran en el archivo firmas de él, primero como testigo de asistencia, luego como Regidor y Alcalde y después como Teniente de Gobernador y Gobernador interino. En la milicia provincial, que era entonces lo que es hoy la guardia nacional, obtuvo todos los grados militares hasta General. Dos veces fue casado D. Joaquín de Mier Noriega, primero con Da. Antonia Guerra y después con una Sra. Garza, ambas descendientes de los primeros conquistadores. De estos matrimonios tuvo D. Joaquín muchos hijos, de los cuales llegaron a grandes los siguientes: Da. Josefa, casada con D. Juan Rosillo, de la que procedió la familia Canales, que hoy ocupa un lugar distinguido, en Tamaulipas; Da. Adriana, mujer de D. Joaquín Ugartechea, de donde descende la familia de este apellido; el célebre Dr. D. Servando y D. Vicente, que siguieron la carrera eclesiástica; D. Froylán, del que descienden los Mier que viven

en Cadereyta y los Morales que están en Monterrey; D. Joaquín y D. Antonio, padres de los Mier que hay en esta ciudad y en otros pueblos; y otra Da. Josefa, casada con D. Marcos de Ayala, de donde procedió la familia de este nombre que hoy conocemos en Monterrey.

La casa que edificó D. Francisco de Mier Noriega, que heredó su hijo D. Joaquín y en la que nacieron los hijos de éste, es la número 26 de la calle del Comercio frente al Palacio de Gobierno, el cual antes fue colegio de los Jesuitas (1).

La familia Mier ha sido siempre muy distinguida. Muchos de sus miembros han desempeñado muy altos cargos en el Estado: D. Froylán fue Gobernador en 1815, su hijo D. Francisco de Mier lo fue en 1823 y el Lic. D. Francisco Morales, nieto de D. Froylán, obtuvo el mismo cargo en 1846. Mucho han apreciado siempre su antigüedad y su calidad de descendientes de los primeros conquistadores de esta tierra; y más que todo la nobleza de su origen por lo Mier. Algunos han conservado con sumo aprecio

el escudo de armas de su casa solariega (2).

- (1) El Palacio de Gobierno a que se refiere Gonzalitos estuvo en la esquina N.O. de las actuales calles de Morelos y Escobedo.
- (2) El Gral. D. José Ma. Mier, descendiente de D. Froylán, fue también gobernador de Nuevo León, en 1910.

EL DR. MIER

Por José Eleuterio González

Este señor nació en Monterrey el día 18 de Octubre de 1763 y se bautizó el día 26 según consta en un libro de bautismos del curato de esta ciudad, en el que se lee la partida siguiente: En el margen un brevete que dice: "José Servando de Santa Teresa. Español". "El 26 de octubre de setecientos y sesenta y tres años en esta Parroquial de Monterrey bautizó de licencia Parroqui el Presbítero D. Juan Bautista Báez Treviño y puso los santos óleos y crisma a José Servando de Santa Teresa de nueve días de nacido, Español, hijo legítimo de D. Joaquín Mier Noriega y de Da.

Antonia Guerra, Españoles y vecinos de esta ciudad, fue su padrino D. Salvador Lozano, vecino de dicha ciudad, a quien advertí su obligación y parentesco y para que conste lo firmamos. —Br. Bartolomé Molano.— Br. Juan Báez Treviño".

Mucho vale al hombre encontrar, cuando comienza a sentir los primeros destellos de la razón, buenos maestros que le inculquen sanos principios, y que los primeros conocimientos que le den sean sólidos y buenos. Esta buena suerte tocó al niño Servando, pues en el año de 1767 vino D. Francisco de Cuevas, hombre muy bueno, natural de México, y estableció en Monterrey una escuela semejante a las que había en la capital del Virreynato, que era lo mejor que en aquella época podía haber: en el mismo año Da. Leonor Gómez de Castro dejó al morir seis mil pesos para que se fundara una cátedra de gramática latina, la cual se estableció en el año siguiente bajo el magisterio del Br. D. Juan José Paulino Fernández de Rumayor y bajo el cuidado y dirección del Dr. Antonio Martínez, cura entonces de esta ciudad.

En estas escuelas aprendió el niño Servando Teresa de Mier las primeras letras y la gramática latina, en la que fue muy aventajado. Se fue después a México a continuar sus estudios en el colegio de los frailes dominicos, a quienes lo recomendó su padre, expensándolo amplísimamente. A poco tiempo tomó el hábito en el convento de Santo Domingo; pero de lo que le pasó en México, el Sr. Rivera Cambas nos da las más circunstanciadas noticias, por lo que copiaré aquí la parte, que a mi propósito conviene, de su hermosa y bien escrita biografía del Dr. Mier, leída en el Liceo Hidalgo, dice así:

“Desde que entró al noviciado, su alma ansiosa de libertad estaba continuamente sumergida en escrúpulos, chocando sus inclinaciones con la observancia de las reglas bajo las cuales iba a profesar, que no obstante la corta edad del novicio, pues solamente tenía quince años, detuvo por dos días el plazo señalado para la profesión; pero urgido por el Padre Maestro León, quien le aseguró que pronto iba a haber una reforma,

profesó bajo este concepto a la edad de diez y seis años, ligándose con eternos lazos cuando no tenía la suficiente deliberación. Desde entonces pasó al Colegio de Portaceli, donde estudió filosofía con el Padre Arana y el Maestro Barreda y Teología con ellos y los Padres Moreno y Piña. Allí estuvo cerca de siete años y recibió la confirmación del Arzobispo Haro, siendo su padrino el padre lector apellidado Palero, y a la vez se le dieron las órdenes menores, del subdiaconado y de diácono, saliendo de Portaceli ya de Regente de estudios para el convento grande donde estuvo cerca de cinco meses”.

“La presión ejercida sobre su espíritu por el círculo tan estrecho y mezquino marcado por las reglas, enfermó al padre Mier, que tuvo necesidad de ir a buscar aires, retirándose al convento de la Piedad, llena su alma de los pesares provenientes de las constantes contradicciones en las que estaba condenado a vivir, engañado desde que era todavía un niño”.

“Como se lamentaba a menudo de ha-

ber profesado, sintiendo pertenecer a una corporación que tenía tantos motivos para ser relajada, procuraban sus superiores aislarlo cada vez más para lograr la sumisión de aquel espíritu inflexible. Mier sostenía que entre los profesores "los votos eran impracticables, las tentaciones muchas y el mal ejemplo acaba por arrastrar al mejor".

"En el retiro tuvo la patente de Lector de Teología moral y volvió al convento grande a los ocho meses, ya ordenado de Sacerdote; nombrado concluidor, y nuevamente maestro de estudios, se graduó de bachiller en Filosofía y Teología, y de Doctor en esta facultad, cuando apenas tenía la edad de 27 años".

"Entregado al estudio permanecía el Doctor, cuando seis años después fue comisionado por el Ayuntamiento de la Capital para pronunciar el famoso sermón el 12 de Diciembre de 1794".

Los Doctores Orellana y Benavides aseguran que el Dr. Mier tomó el hábito de Santo Domingo en 1780, que en el colegio de Portaceli sustentó, con grande lucimiento cinco actos públicos de Filo-

sofía y Teología, que en 1787 se opuso a la cátedra de Artes; y que antes de predicar el malhadado sermón de 12 de Diciembre de 1794 había predicado el sermón de honras del famoso conquistador Hernán Cortés.

Adelantaré aquí una noticia, aunque se halla en los documentos que se han de publicar, porque ella explica, en alguna manera, la verdadera causa de las persecuciones de que fue objeto el Dr. Mier y pone de manifiesto su carácter sencillo y candoroso: es el caso que dos veces se tomaron, de orden del Gobierno, informaciones secretas sobre la conducta y modo de pensar de Fray Servando, y esto fue porque, como dijo después el Inquisidor Peredo, "su fuerte y su pasión dominante es la independencia revolucionaria".

Es muy natural que el P. Mier viendo consumada la independencia de los Estados-Unidos sintiera el deseo de que en México se hiciera otro tanto. Muchísimos mexicanos, sin duda, pensaron del mismo modo; pero tuvieron la malicia necesaria para ocultar sus pensa-

mientos, y el Padre Mier los manifestaba en todas partes, sin imaginarse que la expresión de un deseo tan justo pudiera nunca ocasionarle daño alguno. ¡Ah! el inocente Doctor, por su falta de malicia, no podía comprender de cuántos extravíos son capaces las pasiones políticas irritadas por el insano anhelo de mandar.

Mas ya es tiempo de que el lector tenga la satisfacción de saber por la misma pluma del ingenuo, candoroso y sapientísimo Mier la interesante relación de sus peregrinas aventuras.

CARTAS 1822 - 1826

INTRODUCCION

En ocasión a ser conmemorado el 150° aniversario de la muerte de Fr. Servando Teresa de Mier, la Dirección General de Investigaciones Humanísticas, de la Universidad Autónoma de Nuevo León, reedita estas cartas del ilustre dominico.

Nueve de éstas son las que dirigió al Ayuntamiento de Monterrey y que se conservan en el Archivo Municipal de esta ciudad. Fueron publicadas en el folleto titulado: *Diez cartas hasta hoy inéditas...*, (1) con un prólogo del Profr. Manuel Flores, alcalde a cuya iniciativa fueron dadas a la estampa. (2)

De todas las demás que se recogen en el presente volumen, diecinueve fueron escritas por el P. Mier al Canónigo Doc-